

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
AUTOR: MIGUEL ALBUJAS DORTA.
INSTITUTO DE FILOSOFÍA.

EMAIL: miguelalujas@cantv.net

Título del trabajo: TEORÍAS DEL PODER: DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO.
LA UBICUIDAD DE LOS CONFLICTOS

**TEORÍAS DEL PODER: DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO.
LA UBICUIDAD DE LOS CONFLICTOS**

RESUMEN

El tema del totalitarismo es extremadamente complejo. Tanto, que cada vez que ocurre una crisis y proliferan gobiernos totalitarios, diversos autores intentan mostrar cómo la política moderna creó un Estado de poder sin precedentes, a saber: el Estado Totalitario, . En este sentido, siguiendo a Hannah Arendt, Erich Fromm, Francis Fukuyama, John Gray y Max Weber entre otros, intentaremos determinar algunas características generales del totalitarismo para contraponerlo como máximo nivel de irracionalidad frente a la democracia moderna desde el enfoque del Estado racional, el cual asumimos como tipo ideal referencial. Así, procederemos a mostrar cómo en todo proceso totalitario hace falta la triangulación de, por lo menos, tres elementos específicos, a saber: 1.- la aparición de una crisis profunda del Estado y de sus representaciones que genere una disminución de la voluntad de dominación de los asociados, 2.- la constitución de un liderazgo carismático con carácter hierocrático y 3.- una fuerte tendencia o propensión de las masas a vincularse con ideologías radicales que expresen conductas tanáticas o patológicas en general. Con la presencia de estos tres factores se dan las condiciones mínimas necesarias y suficientes para que emerjan momentos totalitarios, siempre y cuando confluyan simultáneamente en el mismo escenario.

Luego de haber desarrollado el punto anterior, procederemos a mostrar por qué no se debe hablar de totalitarismos de “izquierda” o “derecha”, o de alguna otra calificación o ubicación política según interpretaciones “progresistas” o “conservadoras”, entre otras, ya que esto constituye un error fundamental en el que frecuentemente se incurre, creando distorsión en la interpretación sobre el hecho en cuestión. Al mismo tiempo señalaremos algunas características que expresan concepciones propias acerca del fenómeno totalitario con la finalidad de que se comparen con los de la democracia moderna como contraste.

Palabras claves: modernidad, democracia, Estado totalitario, racionalidad.

**THEORIES OF THE POWER: DEMOCRACY AND TOTALITARIANISM.
THE UBIQUITY OF THE CONFLICTS**

In the past few years many authors have tried to show hoe modern politics have created a State of power without precedents, that is: the Totalitarians State. In these senses and following Hannah Arendt, Erich Fromm, Francis Fukuyama, John Gray y Max Weber, among others, we shall try to determine the general characteristics of Totalitarianism phenomenon in order to show its maximum level of irrationality opposite to modern democracy focused from the rational State, point of view, as an ideal type. As we construct the determinations of Totalitarianism in its classical version, we shall precede incorporating characteristic that, even though they can derived or keep direct relation with ones mentioned before, they keep independence and express their own conceptions of a new theoretical order of the phenomenon totalitarian. From this point, we shall use categories such as totalitarianism, democracy, irrationality and rationality in order to evaluate our present.

Key words: modernity, democracy, totalitarians state, rationality

INTRODUCCIÓN

En el ámbito de la filosofía política encontramos una diversidad de enfoques que explican la modernidad en términos teóricos y, a la vez, señalan su repercusión en términos prácticos, lo cual expresa la complejidad que adquiere el fenómeno moderno para su interpretación en tanto se le endosan una serie de acontecimientos que, aunque se desarrollan en el mismo momento histórico, sin embargo no son inherentes a los elementos propios y característicos de su constitución. Tal es el caso del totalitarismo y su relación con la modernidad.

Esa mencionada complejidad del fenómeno moderno permitió que se expandiera una gama de interpretaciones de toda índole y de diversos grados, las cuales oscilan desde concepciones apologéticas a ultranza, hasta las posturas más críticamente recalcitrantes que la responsabilizan de todos nuestros males. No obstante, más allá del juicio de valor que se tenga sobre este período histórico, en todas esas interpretaciones aparece un elemento central que constituye e identifica a la Modernidad, a saber: la instauración de la razón como rectora de los procesos humanos y la hegemonía que ella despliega en diversos espacios a partir del siglo XVII en adelante.

Frente a esa supremacía de la razón, casi dos siglos más tarde, se generó su contrapartida representada en el movimiento romántico que se inicia a finales del siglo XVIII y principios del XIX, tal como señala entre otros Isaías Berlin¹, llegando a expresarse en nuestro tiempo en las múltiples perspectivas arrogadas por disímiles pensadores postmodernos. Ahora bien, independientemente de la postura que se asuma con relación al rol de la razón en la constitución de lo político, sea en sentido crítico o en sentido encomiástico, es un hecho irrefutable que el Estado Totalitario se produce en el

¹ Berlin, Isaiah. *Las Raíces del Romanticismo*. Taurus. Madrid, 2000.

contexto de la política moderna, período en el cual se creó este tipo de Estado sin precedentes, cuyo objetivo básico es la concentración de poder y el dominio hegemónico de la sociedad. Más, sin embargo, el totalitarismo es moderno sólo desde el punto de vista epocal, en tanto se desenvuelve en el contexto de la modernidad, pero no lo es en términos de su constitución teórica ni en su desarrollo práctico.

Examinemos la afirmación precedente, para algunos pensadores el totalitarismo es la mejor expresión de la supremacía de la razón, para otros, por el contrario, es una consecuencia indeseada de la modernidad. Desde nuestra óptica, el totalitarismo surge como expresión de las concepciones que se oponen a la razón en términos teóricos y prácticos, amalgamando cualquier elemento de diversos modelos, teorías o formas políticas que se opongan al desarrollo moderno y al Estado racional. En este sentido, el totalitarismo es moderno es su manifestación, más no lo es en términos de su constitución.

Así, siguiendo nuestro planteamiento inicial, en las próximas páginas intentaremos determinar algunas características generales del totalitarismo para contraponerlo como máximo nivel de irracionalidad frente a la democracia moderna, la cual asumimos como tipo ideal referencial desde el enfoque del Estado racional. Nuestro marco teórico se fundamenta en algunos postulados relacionados con el tema del totalitarismo y del Estado Racional planteados por: Hannah Arendt, Erich Fromm, Francis Fukuyama, John Gray y Max Weber.

Desde nuestra perspectiva, mostraremos cómo en todo proceso totalitario hace falta la triangulación de, por lo menos, tres elementos específicos, a saber: 1.- la aparición de una crisis profunda del Estado, de sus representaciones e instituciones que genere deslegitimación y, por tanto, disminución de la *voluntad de dominación* (Weber) de los asociados; 2.- la constitución de un liderazgo carismático con profundo carácter

hierocrático, vale decir, profundamente religioso, que sea capaz de profundizar los residuos ideológicos en el hombre-masa y 3.- una fuerte propensión de grandes sectores de la población a vincularse con ideologías radicales que socaven valores y principios propios de la modernidad, lo cual se expresa a través de conductas perversas, tanáticas o patológicas en general, con relación al resto de la sociedad y/o de la comunidad mundial. Es importante señalar que, sin restarle complejidad al fenómeno totalitario, observamos que con la presencia de estos tres factores se dan las condiciones mínimas, necesarias y suficientes, para que emerjan *momentos totalitarios* (Arendt), siempre y cuando concurren simultáneamente las tres en el mismo escenario.

Posteriormente, luego de haber planteado los elementos propios del momento totalitario, mostraremos la inconsistencia de los discursos que plantean una diferencia substancial, ideológica, entre los llamados totalitarismos de “izquierda” o “derecha”, lo cual implica un falso dilema que genera distorsión en la interpretación sobre el hecho en cuestión. Finalmente, señalaremos algunas características que expresan concepciones propias acerca del fenómeno totalitario, las cuales se oponen a la democracia moderna, haciendo evidente el contraste.

Democracia y totalitarismo: El fin de la historia entre ideologías rivales

Son frecuentes los textos en los que Karl Marx señala insistentemente que junto al modo de producción dominante conviven modos de producción de épocas anteriores ya extintos y modos de producción de las fases futuras de la humanidad que se encuentran de manera incipiente. Siguiendo este diseño y el sentido planteado por Marx, consideramos que en términos del progreso de las formas políticas ocurre una manifestación similar que se expresa en la conformación de las teorías políticas existentes y en sus respectivos modelos, enfoques y conceptos. Desde esta perspectiva, podemos interpretar el fenómeno

del totalitarismo como la convergencia de formas políticas previas al modelo dominante, en este caso: la democracia moderna liberal-social², que se niegan a desaparecer en el contexto de la modernidad.

De esta manera, resulta fácil percibir algunos elementos propios de concepciones feudales y monárquicas que intentan sobrevivir y adaptarse a la nueva época política, a saber: el proyecto ilustrado, sólo que no lo pueden hacer a través de una simple traslación, ya que el proceso histórico se vuelve mucho más complejo. La supervivencia y adaptación de las formas previas a la nueva concepción implican su reacomodo, ajuste e identificación y, por tanto, una gran transformación en términos teóricos y prácticos para que se puedan integrar en el nuevo marco histórico, aunque sea de manera parcial. Sin embargo, como no son propios de las formas políticas correspondientes a la nueva concepción del mundo, sino más bien opuestos, finalmente debe ocurrir su minimización o extinción definitiva en el nuevo Modo de Producción.

Esto es, la existencia de las formas anacrónicas³ siempre será efímera y en el tiempo tienden a desaparecer o a quedar reducidas sin mayor significación en el nuevo escenario, por muy complejo que sea su proceso de adaptación. En dicho proceso se tiene como

² La hipótesis que mantenemos es que la democracia contemporánea implica la conjunción de tres grandes formas políticas, elementos de la democracia en su sentido antiguo, concepciones propias del liberalismo que se inicia a partir del siglo XVII y principios expuestos por las corrientes socialistas del siglo XIX. Por esta razón acuñamos el concepto: democracia moderna liberal-social. Por supuesto que detrás de esta interpretación se encuentran algunas premisas que plantea Norberto Bobbio en diversos textos (entre otros, *Liberalismo y Democracia*, FCE. México, 1989), al igual que Francis Fukuyama (VG. *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Planeta. Bogotá 1992). Sin embargo, el tema no forma parte del presente trabajo, ya que escapa a los límites de mismo, por esta razón simplemente hacemos la aclaratoria en términos formales.

³ Por forma anacrónica entendemos todas las formas políticas previas que intentan adecuarse al nuevo Modo de Producción, pero que resultan excluidas porque se oponen a los aspectos constitutivos centrales que dieron origen al Modo de Producción emergente y a la visión del mundo que se deriva de él. La hipótesis que mantenemos es que a cada modo de producción le corresponde una forma política determinada, esto es, interpretando a Habermas en *Ciencia y técnica como Ideología*, el Modo de producción es un proyecto histórico-social; en él se dibuja el modelo político, económico, social y cultural de una sociedad, al tiempo que se proyecta un hombre determinado y una *weltanschauung* particular propia de ese Modo de Producción.

génesis a las formas políticas anteriores y como norte a los elementos medulares constitutivos del nuevo Modo de Producción. Sin embargo, a pesar de su intento, ellas al final no podrán adaptarse al nuevo Modo de Producción, en tanto son lógicamente contradictorias en los ámbitos epistemológico y político, no obstante tampoco pueden expresarse en los mismos términos que están presentes en el Modo de Producción anterior del cual surgieron. Esta es una de las razones por la que Francis Fukuyama⁴, siguiendo a Hegel, señala el fin de la historia con relación a la teoría política, más no a la cronología de los acontecimientos. Veamos esta hipótesis a la luz del proceso totalitario.

Como se sabe, el totalitarismo aparece en el siglo XX y diversos autores (como por ejemplo John Gray⁵) le atribuyen un carácter básicamente moderno, en tanto lo asumen como expresión ulterior del dominio hegemónico de la Razón, bien como razón de Estado o bien en su sentido instrumental o tecnocientífico. De ahí las permanentes acusaciones a Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Hegel y Marx, entre otros, de haber privilegiado la razón de Estado o la tecno-científica como la mayor expresión de control en términos políticos. Asimismo, algunos de ellos fueron señalados por haber diseñado sociedades cerradas que expresaban degeneraciones históricas relacionadas con el control total de las actividades del hombre. Control que, por cierto, se cimienta en los fundamentos de la razón, de la racionalidad y de la racionalización. Por cierto, la conjetura sobre la creación de esas sociedades cerradas apuntaba directamente a señalarlos como precursores del totalitarismo.

Pese a estas posturas (Gray, entre otros), nosotros asumimos una hipótesis contraria. Apoyándonos en el señalamiento realizado por Marx con relación a los modos de producción *supra* mencionado, mantenemos que el totalitarismo, como fenómeno histórico-

⁴ Fukuyama, F. *Op. Cit.*

⁵ *Vide:* Gray, John. *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*. Paidós. Buenos Aires, 2004.

político, es un movimiento que se opone y se enfrenta al desarrollo de la Razón en el terreno de la política, esto es, no es el extremo de la razón dirigida al control, sino precisamente su ausencia. En este sentido, lo que prevalece en el desarrollo del totalitarismo no es la racionalidad, a la sumo, es racionalización en el sentido utilizado por Herbert Marcuse en *El Hombre Unidimensional*⁶, el cual pertenece originariamente a Sigmund Freud.

Es así que el totalitarismo ni siquiera lo asumimos como un déficit de racionalidad (en el sentido de Habermas⁷), o como desviación o consecuencia indeseada del proyecto ilustrado, sino que lo interpretamos exactamente como su contrario, esto es: frente al avance de la modernidad y de la razón desde el punto de vista teórico-político, vemos al totalitarismo como la resistencia de formas políticas previas que se niegan a desaparecer e intentan reagruparse y adaptarse al nuevo contexto histórico, a saber: el proyecto moderno, contraponiéndose radicalmente a él como ejercicio de lo público y como administración del poder.

Desde esta perspectiva, el totalitarismo surge dentro de un proceso histórico que en su conjunto intenta proyectar la nueva concepción de la política y de las ciencias sociales en general, con la finalidad de consolidar el salto del discurso descriptivo al prescriptivo para lograr la construcción del *Homme Machine* que corresponde al desplazamiento discursivo de la modernidad (tal como ha señalado Michel Foucault), sólo que el totalitarismo expresa básicamente manifestaciones políticas propias de las concepciones monárquicas y feudales.

⁶ Marcuse, Herbert. *El Hombre Unidimensional*. Orbis. Barcelona, 1985.

⁷ Habermas, J. *Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1991. P. 66.

Con la finalidad de mostrar nuestra línea argumental, en las próximas páginas procederemos a exponer algunos fundamentos básicos y características de las concepciones totalitarias dentro del contexto histórico en el que se generan, para, finalmente, mostrar por qué resulta inapropiado hablar de totalitarismo de derecha o de izquierda, tal como ya hemos señalado.

Confrontación entre Modelos Políticos Rivales: La Disputa de la Teoría en el Terreno de las Armas

Pues bien, para comprender el fenómeno del totalitarismo es importante revisar el significado que expresa la Segunda Guerra Mundial en términos histórico-políticos. Son diversas las interpretaciones sobre el origen, desarrollo y culminación de ésta, pero más allá de compartir algunas de las múltiples explicaciones dadas, pensamos que este conflicto se manifestó en un confrontación armada, en tanto en ella se expresaron dos formas o modelos políticos antagónicos. No pretendemos plantear una visión reduccionista de la historia ni del problema del poder, simplemente queremos señalar que -a nuestro juicio- ese enfrentamiento mundial expresó, desde el punto de vista práctico pero fundamentado en el desarrollo de las teorías y de los modelos políticos, la pugna entre la concepción moderna del Estado Racional y aquellas formas de gobierno que resultaban antagónicas con los principios y valores planteados por el proyecto ilustrado.

De hecho, la constitución del mundo bipolar que surge de ese enfrentamiento, no es otra cosa más que la expresión de la pugna entre el Estado racional propio de Occidente emblemático principalmente por los Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, y la concentración de formas de gobierno con una clara vocación totalitaria expresadas, primero en la Alemania Nazi y en el fascismo italiano y, posteriormente, en la URSS y sus satélites, a pesar de que estos últimos participaron estratégicamente como aliados en la confrontación

mundial. Desde nuestro enfoque, la derrota militar del nacionalsocialismo y del fascismo, concentró en la URSS las manifestaciones de totalitarismo, las cuales luego del *momento totalitario* de Stalin, fueron cediendo paulatinamente hasta lograr su propia destrucción a partir de 1989 con la caída del Muro de Berlín y 1992 con la disolución definitiva de la URSS. Estas fechas, siguiendo e interpretando a Francis Fukuyama⁸, expresaron el triunfo definitivo de la razón en términos de las teorías y modelos políticos desarrollados en Occidente, a saber: la democracia liberal moderna. En síntesis, lo que planteamos es que la Segunda Guerra Mundial se nos presenta como la manifestación práctica de la confrontación entre teorías y modelos políticos que representaban los resquicios del viejo régimen de la monarquía, de la nobleza feudal y de la iglesia absolutista y, en contraposición, una concepción moderna de la política.

Veamos bien, en términos teóricos, la disputa entre esas formas políticas y sus respectivos modelos sociales y económicos, se iniciaron desde el siglo XVII con los planteamientos de T. Hobbes y J. Locke. En los siglos subsiguientes el Estado moderno ganó terreno frente a sus modelos rivales, haciéndolos cada vez más caducos y atrasados, no sólo desde el punto de vista del desarrollo teórico, sino, especialmente, desde el punto de vista práctico con la aplicación de los principios modernos en el Estado y en sus instituciones. Así, pues, el Estado racional y la democracia moderna se iban instalando de manera progresiva como forma política, poco a poco ella se hacía corpórea y se asentaba cada vez más en los países occidentales, al tiempo que desplazaba modelos antagónicos correspondientes a otros modos de producción ya extintos.

A nuestro juicio, esta disputa entre modelos y teorías rivales se expresa en el siglo XX como conclusión de un período histórico que se cierra desde el punto de vista histórico-

⁸ Vide: Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta. Bogotá, 1992.

práctico, esto es: la segunda confrontación mundial fue la expresión bélica, de una batalla que ya se había librado y superado en términos teóricos, aunque también en términos económicos, a saber: la lucha entre diversas formas y modelos políticos antiguos (VG. feudalismo, monarquía, absolutismo, etc.), y el modelo moderno, así como la pugna entre los diversos modos de producción anteriores y el modo de producción capitalista. De lo cual se deriva que cada modo de producción lleva implícito una particular forma política que le es propia y que expresa su *Weltanschauung*, tal como ya fue explicado.

Siguiendo esta interpretación, podemos señalar, *mutatis mutandis*, que así como para Marx, las revoluciones de Inglaterra (1648) y Francia (1789) fueron expresión de una emancipación global y no expresiones locales de revoluciones parciales⁹, de la misma manera este conflicto mundial implicó la decisión que tomó una parte substantivamente importante del planeta para regir sus destinos desde el enfoque moderno, esto es: como Estado racional, el cual termina proyectándose de manera hegemónica (en el sentido de dirección) en el contexto de la globalización por su viabilidad en términos políticos, sociales, económicos y culturales, más no por imposición bélico-militar.

Ahora bien, hay que reconocer que con la Segunda Guerra Mundial se estremece y entra en crisis aquel sueño de orden y progreso propugnado por la Razón moderna. La posibilidad de destruir el planeta y la capacidad del hombre para exterminarse en masa colocaron a la racionalidad tecnocientífica como el ejercicio de una razón opresiva que se fundamentaba en el desarrollo de los principios de la ciencia moderna, lo cual reflejaba el

⁹ Al respecto Marx señala: “*Las revoluciones de 1648 y de 1789 no fueron revoluciones ni inglesa, ni francesa; fueron revoluciones de estilo europeo. No representaban el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo régimen político; eran la proclamación de un régimen político para la nueva sociedad europea. En ellas había triunfado la burguesía; pero la victoria de la burguesía significaba entonces el triunfo de un nuevo régimen social, el triunfo de la propiedad burguesa... Esas revoluciones expresaban mucho más las necesidades del mundo de entonces que las necesidades de aquellas partes del mundo en que se habían desarrollado, es decir, de Inglaterra y Francia*”. Marx, K. *La burguesía y la contrarrevolución. Obras Escogidas*. Editorial Progreso, Moscú, 1980. P. 143.

verdadero *aroma espiritual*¹⁰ del modo de Producción capitalista, esto es, dominio material fundado en el ámbito de la racionalidad.

Esa crisis de la razón marcó el camino para que desde la filosofía y desde otras áreas del saber se plantearan discursos demoledores sobre el rol que desempeñó la razón, la modernidad y el proyecto ilustrado, en la constitución del sujeto moderno. La exposición más acabada de la crisis de la razón en términos teóricos, sin duda, lo constituye el desarrollo de las concepciones postmodernas entre las que destaca el trabajo de Michel Foucault¹¹. Pues bien, esa crisis de la razón dejó una grieta por la que se cuele el momento totalitario.

En este sentido, queremos presentar una hipótesis de trabajo que se deriva de lo planteado anteriormente, la cual, sin embargo, no desarrollaremos en este trabajo por la limitación del espacio para la publicación, pero la enunciaremos ya que ella constituye un soporte fundamental para el desarrollo del núcleo central del enfoque asumido frente al tema. Siguiendo nuestra interpretación, pensamos que existe una relación directa entre totalitarismo, romanticismo, pietismo e irracionalismo en cualquiera de sus formas¹², de lo cual se desprende que todo movimiento político romántico termina en cualquiera de estos tres escenarios: 1.- directamente en concepciones totalitarias, 2.- muy cercano a éstas, y/o 3.- con una fuerte propensión que marca el rumbo desde el autoritarismo hacia el momento

¹⁰ Marx, K. *Introducción a la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel. Escritos de Juventud*. Instituto de Estudios Políticos, Facultad de Derecho. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1965.

¹¹ Foucault, evidentemente, al plantear el saber como categoría intermedia entre la ciencia y la opinión intenta, y a mi juicio logra, crear un nuevo marco conceptual referencial para explicar la modernidad. En su crítica a la razón, al poder y a las formas de verdad, el autor muestra un nuevo espacio para interpretar el fenómeno del totalitarismo. Sin embargo, los discursos postmodernos en general pudieran servir para justificar regímenes totalitarios o con vocación totalitaria por el proceso de deconstrucción de la razón occidental moderna.

¹² Parte de esta hipótesis fue desarrollada ampliamente por George Lukács en *Asalto a la Razón*. Grijalbo. Sin embargo, nosotros le damos algunos giros a sus hipótesis y las vinculamos con posturas de otros autores sobre totalitarismo. Por razones de espacio, sólo podemos hacer una simple referencia al texto.

totalitario. Esta es la causa por la que el irracionalismo o el romanticismo político, al final, siempre terminan confrontándose necesariamente con las teorías, modelos o gobiernos que asumen la razón y la democracia moderna como su propósito, lo cual se puede expresar de diversas maneras.

Como se sabe, el romanticismo es una reacción contra la hegemonía de la razón y del racionalismo, que tiene una fuerte inspiración en el pietismo, el cual llega a constituirse -según I. Berlin- es su verdadera raíz¹³. Dentro del protestantismo, se puede considerar al pietismo como una corriente *menos racional* (en los términos expuestos por Weber en *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*¹⁴) que el calvinismo, para la constitución de la vida moderna y del capitalismo. Por cierto, queremos hacer énfasis en que los vínculos con el nacionalsocialismo por parte de los autores que asumieron posturas románticas y/o enfrentaron la hegemonía de la razón desde la poesía, el arte y la metafísica, son plenamente coherentes, ya que las alternativas que surgen frente a la razón en términos políticos se expresan en concepciones totalitarias.

Este es el motivo por el cual consideramos que en la postura de Martin Heidegger con relación al nazismo existe coherencia en términos teóricos, ya que este autor recoge y continua la línea del romanticismo y del irracionalismo, lo cual lo lleva en términos teóricos y prácticos a vincularse con el modelo que se opone al desarrollo de la razón en sentido político, esto es, la democracia moderna, privilegiando la forma política correspondiente al modelo irracional, en este caso, a saber: el totalitarismo. Por este motivo, podemos utilizar el término “cosmovisionalización” (visión del mundo) utilizado

¹³ Berlin. *Op. Cit.* P. 61 y ss.

¹⁴ Weber, Max. *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. Edit. La Red de Jonás. México, 1985.

por Habermas con relación a Heidegger, para identificar la coherencia existente entre la crítica metafísica nihilista a la razón y un gobierno totalitario. Al respecto señala Habermas:

Lo que en realidad sucedió fue que ya en 1929 se pone en marcha un proceso de <cosmovisionilización> que hasta el final de la guerra penetra hasta en los motivos más íntimos de la crítica que Heidegger hace de la razón. La evolución efectiva queda grotescamente puesta cabeza abajo cuando a la opción de Heidegger por el fascismo se la hace derivar de que Ser y tiempo estaba aun excesivamente enraizado en el llamado <pensamiento metafísico>... Y en cierto modo puede decirse con Otto Pöggeler, un seguidor completamente leal del maestro, que Heidegger permaneció hasta el final atrapado en la sombra del nacionalsocialismo, sin lograr salir de ella”¹⁵.

Heidegger no quiso ni pudo salir de la sombra del nacionalsocialismo, en tanto la identificación con el régimen expresaba *un síntoma de la mentalidad de esa generación* (Habermas). Alemania exacerbó tanto su apología a la razón como su crítica y abandono a la misma, quizás por ser la *conciencia teórica* de Europa, esto es: por expresar en teoría lo que otros pueblos vivieron en la práctica, tal como señalara Karl Marx.

Alemania estuvo sumergida como ningún otro pueblo, tanto en el proceso romántico, como en la Reforma protestante surgida de los planteamientos de Lutero. Pensamos que este hecho tan particular fue el que generó que Alemania sea el único país en el mundo que ha vivido dos concepciones totalitarias en su mismo territorio, las cuales se identificaron con la *derecha* y con la *izquierda* respectivamente. Por supuesto, nos referimos al nacionalsocialismo y a la constitución de la República Democrática Alemana (RDA). Esto hace que sea, precisamente Alemania, el país en el cual se desarrolla en la dinámica cotidiana la disputa entre las concepciones totalitarias (ya señaladas) y la

¹⁵ Habermas, J. *La Necesidad de Revisión de la Izquierda*. Tecnos. Madrid, 1991. P. 47

representación del Estado racional instaurado en la República Federal Alemana (RFA)¹⁶, la cual estuvo representada anteriormente por las fuerzas aliadas. Para comprender este proceso histórico, es menester definir en términos teóricos los elementos fundamentales que constituyen los procesos totalitarios.

Génesis del totalitarismo: Triangulación de sus aspectos centrales

Hasta aquí simplemente hemos pretendido señalar algunas de las dificultades teóricas e históricas que se presentan a la hora de estudiar el tema del totalitarismo. Éste resulta complejo -entre otras razones- porque es un concepto que intenta mostrar una determinada realidad política confusa, cuyas características están vinculadas a procesos políticos regresivos, que sólo podemos estandarizar a través de la construcción de modelos apriorísticos racionales (típico ideal) en los cuales se señale el polo que representa el máximo nivel de racionalidad para, posteriormente por contraste, percibir la realidad como desviación.

Pues bien, si pretendemos estandarizar las características generales de los momentos o procesos totalitarios, debemos revisar algunos hechos históricos particulares que se han convertido en referencias clásicas para la descripción de dichos procesos¹⁷. En nuestra investigación sobre el tema percibimos cómo el desarrollo de los mismos se constituye a través de, por lo menos, la confluencia de tres elementos esenciales, a saber: 1.- la

¹⁶ Tenemos que hacer notar que fue el caso alemán el que nos llevó a plantear la discusión entre totalitarismos de derecha o de izquierda como una discusión errada. El totalitarismo tiene características propias, independientemente de la definición que asuman los promotores de esta forma de gobierno. Posteriormente explicaremos nuestra hipótesis al respecto.

¹⁷ Tomamos a Adolfo Hitler, Benito Mussolini y José Stalin, junto a sus respectivos movimientos, partidos y gobiernos como los máximos representantes del totalitarismo desde el punto de vista de su génesis y desarrollo. Para nuestra clasificación, en este trabajo no tomaremos en cuenta la diferencia que establecen algunos estudiosos del tema (Hannah Arendt y Erich Fromm entre otros) sobre la incorporación o exclusión de alguno de estos procesos histórico. Verbigracia, para Arendt, el Fascismo no reúne las características mínimas necesarias para incluirlo dentro de un momento totalitario. Sin embargo, a pesar de compartir muchos argumentos esgrimidos por la autora, en este trabajo reuniremos al fascismo junto con los otros movimientos señalados con la finalidad de establecer la caracterización en torno al fenómeno totalitario. Al respecto véase: Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial. Madrid, 2006. P. 43 y ss.

presencia de una profunda crisis económica, política y social que deslegitime a los actores políticos fundamentales, los cuales requieren relegitimación por la pérdida de credibilidad y por el desgaste en el ejercicio del poder dentro de amplios sectores de la población. Esta situación de crisis genera procesos de disminución de *Voluntad de obediencia* en los asociados. Más aun, estas crisis de los actores políticos conlleva, a su vez, a una crisis generalizada de deslegitimación de las llamadas fuerzas vivas del Estado en su conjunto. Este aspecto constituye un factor multiplicador fundamental para que se genere el ambiente en el que se pueden desarrollar concepciones de carácter totalitario.

2.- Es imprescindible la constitución de un liderazgo carismático con un fuerte acento hierocrático, más bien vinculado a concepciones desde una perspectiva mesiánica. Estos liderazgos en general poseen unas características psicológicas muy particulares¹⁸, puesto que ellos se sienten elegidos, predestinados para salvar del “mal” al resto de la humanidad, el cual terminan substantivando en un Estado, un prócer, una figura histórica importante u otro líder, con todas las mezclas probables entre estos elementos. En este punto destaca el carácter mesiánico que se encuentra fuertemente emparentado con la creación de discursos excluyentes que se basan, en la mayoría de los casos, en la superioridad étnica o racial, en la reivindicación de grandes masas oprimidas, en disputas religiosas o en la defensa de una determinada forma de vida preferiblemente ascética, la cual fundamentan en la “certeza del camino correcto” (son elegidos) y los lleva a diferenciarse de los corruptos e inmorales que se oponen a la construcción del “hombre nuevo” y a la felicidad del otro, o sea del desgraciado, agraviado o excluido. Desde esta óptica, por lo general, la historia está representada en una lógica bivalente dividida entre

¹⁸ Frecuentemente se observa en este tipo de líderes la presencia de un narcisismo exacerbado, autoreferencia permanente, manía persecutoria, etc.

buenos y malos, amigos-enemigos, seguidores y traidores. Los liderazgos que funcionan en estos términos, acaban identificándose con próceres, con líderes establecidos y reconocidos por toda la sociedad en tanto participaron en el pasado en procesos históricos relevantes, significativos, gozando de una buena reputación y de valoración positiva en el colectivo. Así, los líderes mesiánicos intentan emular las “hazañas” de estos grandes íconos en busca de gloria personal similar o superior a la de aquel con quien se identifican. Surge, pues, un mesianismo profético cargado de heroísmo y predestinación. 3.- El tercer aspecto es muy importante en la concreción de la concepción totalitaria. El rol que desempeña la masa es lo que define, en realidad, el alcance del momento totalitario. Siguiendo algunos señalamientos formulados por Hannah Arendt ¹⁹ y Erich Fromm²⁰, podemos apreciar que para la instauración de gobiernos totalitarios son imprescindibles una Sociedad masa atomizada, con una fuerte tendencia a someterse y aceptar las más grandes injusticias y perversiones por parte del poder, con lo cual terminan convirtiéndose en cómplices de los delitos realizados por esos liderazgos perversos. Es interesante el hecho de que, tanto Arendt como Fromm, no creen que la adecuación de las masas a los regímenes totalitarios responda a técnicas de “lavado de cerebros” o a algo por el estilo, sino que para ellos corresponde a una insanía mental (Fromm) o a la presencia del *mal radical* (Arendt) propio de cada masa que se identifica con los valores y la cultura de la muerte proyectados por los rectores de los momentos totalitarios. Para estos dos autores no importa si los motivos por los que se pliega la masa a proyectos totalitarios tiene que ver con motivaciones racionales con arreglo a fines o a valores, por indiferencia, apatía, privilegios o resignación, lo que importa es que un número significativo de personas termina apoyando proyectos perversos

¹⁹ Arendt, Hannah. *Los orígenes... Op. Cit.*

²⁰ Fromm, Erich. *Miedo a la libertad*. FCE. México, 1984.

.- *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. FCE. México, 1987.

y conductas perturbadas que atentan contra los valores humanos propios de la modernidad. Por cierto, este último punto resulta crucial para la intelección del totalitarismo porque la instauración o duración, el éxito o fracaso del control político y social, depende del nivel de deterioro y de la pulsión tanática de las masas o de su perversión como masa.

Totalitarismo: debate innecesario entre la izquierda y la derecha

Vemos, pues, que en estos elementos que constituyen la base de todo momento totalitario, no se expresan vínculos ideológicos particulares. O sea, cuando se revisan diversas exposiciones sobre totalitarismo y, en general, cuando se emiten comentarios sobre gobiernos totalitarios o con tendencia totalitaria, se percibe cómo de manera insistente se califica o ubica al totalitarismo dentro de la izquierda o de la derecha. Pues bien, en este sentido queremos expresar, que una de las hipótesis que proponemos para analizar el fenómeno totalitario consiste en afirmar que el totalitarismo debe definirse desde una concepción propia que no lo ubica en la disputa entre estas posturas políticas, sino que por el contrario debe definirse como una práctica abusiva del poder que se contrapone a los principios de la democracia moderna y, así como no hay feudalismo o monarquía de derecha o de izquierda, la calificación del totalitarismo en esos términos también implicaría un anacronismo. Las características fundamentales que identifican a un gobierno como totalitario o a un gobernante con una definida vocación o tendencia totalitaria, escapa de las condiciones clásicas que ubican un gobierno dentro de un orden conservador o progresista, lo que hace que el totalitarismo se consolide, avance o se frene no es la identidad política o postura ideológica determinada previamente, sino los niveles de adecuación o resistencia de las masas según su grado de perversión o de salud mental tal como señalamos con anterioridad.

Todo totalitarismo es reaccionario desde el punto de vista ideológico-político, en tanto responde a formas políticas superadas, necesariamente tiende a la concentración del poder y utiliza (o se identifica) postulados ubicados en la llamada “derecha” o “izquierda” política, no como expresión de un proyecto político concreto, esto es: como elaboración de un programa que asume las características esenciales de un plan de gobierno que pone énfasis en las doctrinas del mercado o la constitución de un estado de bienestar por nombrar dos elementos extremos que identifican a las posiciones antes mencionadas, sino que su caracterización se plantea como estrategia política para la conquista y posterior apoyo de grandes sectores de la población.

Dicho de otro modo, todo gobierno totalitario intenta su legitimación a través de un programa y/o proyecto político que despierte la creencia en sus mandatos y aumente la probabilidad de que éstos se cumplan y que generen Voluntad de dominación. Así, el gobierno totalitario surge como respuesta a un sistema que entra en declive y que está representado por el desgaste político y el descrédito de ese período previo del cual se formó como referencia. Cuando en un sistema político disminuye la probabilidad de que un mandato sea obedecido, esto es, cuando el discurso oficial (el discurso político hegemónico) pierde legitimidad y el desprestigio de ese determinado sistema o de su dirigencia política entre en conflicto con relación a la obediencia de los mandatos, aparecen dos vías probables para la superación de estos conflictos. Por una lado, una posible forma de relegitimación consiste en la aparición de nuevos cuadros democráticos que le dan continuidad al sistema respetando las reglas y los valores de la democracia moderna; por el otro, aparece como respuesta un liderazgo carismático que pretende, frente a ese “presente degradado”, contraponer un programa formal de recuperación de los valores morales, de la identidad, del nacionalismo, en fin de regresar a la “senda correcta” que estuvo planteada o

que se inició en algún momento de la historia representada por un dirigente, gobernante pasado, prócer, mito o leyenda, los cuales son asumidos con un fuerte sentido religioso y se tornan emblemas que identifican y representan el nuevo norte político, constituyéndose como una “verdad” propia del sentido común dentro del imaginario colectivo.

Con la finalidad de ir precisando algunas características del totalitarismo, lo primero que debemos decir es que el término se usa básicamente para calificar una serie de gobiernos cuyos elementos fundamentales contradicen los principios de la democracia liberal, del proyecto ilustrado y de la tradición del socialismo teórico²¹ que desarrolla valores fundamentales de la historia de Occidente. Dichos gobiernos y sus respectivos gobernantes generan comportamientos y toman decisiones muy particulares en el manejo del Estado que contradicen el desarrollo de la política moderna, lo cual permite estandarizar una serie de características comunes que podemos llamar totalitarias. En realidad, calificar un gobierno o sus gobernantes como totalitarios resulta complejo, salvo que se interprete el fenómeno como un *continuo* y se elabore un polo democrático y un polo totalitario; así, en la medida en que se van manifestando diversos elementos de juicio que identifiquen los rasgos totalitarios y/o los rasgos democráticos lo vayamos ubicando más o menos cerca de sus conceptos matrices²².

²¹ El llamado socialismo real prácticamente no guarda relación con el socialismo que surge del marxismo y que presenta grandes aportes al desarrollo de la historia del pensamiento occidental (en este sentido destacan los trabajos de: A. Labriola, A. Gramsci, E. Fromm, H. Marcuse T. Adorno, entre otros). En términos históricos, las revoluciones “socialistas” son frágiles ya que no se adecuaron ni tampoco contribuyeron con el progreso de la teoría, por el contrario terminaron negando los fundamentos y valores del socialismo en el ejercicio del poder. Por cierto, no deja de ser interesante y significativo el hecho de que estas revoluciones se producen en países que no tienen el desarrollo ni la tradición de los valores de Occidente.

²² Esta metodología propuesta para la intelección del fenómeno totalitario toma como referencia la Teoría del Continuo Folk-Urbano y será desarrollada posteriormente en otro ensayo, ya que excede los límites del presente trabajo. Sin embargo, se enuncia porque la investigación incluye todas las partes de manera orgánica, sin menoscabar los resultados parciales anunciados en el presente texto.

Una vez señalado lo anterior, debemos expresar que, por lo general, los gobiernos totalitarios mantienen un discurso vinculado a los valores del socialismo y a posturas vinculadas a “la izquierda” progresista, pero, en realidad, su práctica política resulta profundamente retrógrada y conservadora. En palabras simples, se mantiene un discurso de izquierda y una práctica de la ultra derecha indistintamente de la ubicación política que se autoasigne el propio momento totalitario. Revisemos este argumento a la luz de los gobiernos emblema de las concepciones totalitarias, las cuales se identifican con el Nacional-socialismo alemán, con el fascismo italiano y con el estalinismo soviético, tal como ya indicamos. El totalitarismo es la “doctrina de la totalidad”, del control total que concentra el poder en una persona o grupo reducido, quienes terminarán tratando de imponer una visión y una concepción única del mundo. Para lograr su objetivo, ellos excluirán, combatirán y anularán por medios básicamente violentos, en la medida de lo posible, las ópticas diversas que se ofrezcan como visiones alternativas.

La conclusión apresurada que se podría desprender de la simple observación empírica de estos regímenes, es que el socialismo y el marxismo guardan alguna relación teórica y práctica con el ejercicio del poder derivado de estas formas de gobierno. Nada más equivocado. La verdad es que el discurso que surge del socialismo y del marxismo ha pasado por, no sólo tergiversaciones teóricas inaceptables, sino que en su nombre se han cometido los más grandes atropellos. Esto se debe, precisamente a que aquel que quiere someter a grandes sectores de la población tiene que utilizar como discurso su contrario. Nadie seguiría un discurso en el que se le indique que se va a crear un régimen de injusticias sociales o de desigualdades económicas y de restricciones de libertad. Esta es una característica esencial del totalitarismo y de la política en general, la ilusión y el delirio son fundamentales en el discurso político porque producen un efecto de realidad,

manteniendo la esperanza del oprimido como elemento central. Lo patológico se presenta cuando se procura que la sociedad viva y resuelva de manera fantaseada su realidad, o sea cuando el discurso sustituye la realidad.

Al respecto dice Erich Fromm:

“La enajenación del lenguaje demuestra la gran complejidad de la enajenación. El lenguaje es una de las más preciosas realizaciones humanas: evitar la enajenación dejando de hablar sería tonto y, sin embargo, hay que tener en cuenta siempre el peligro de la palabra hablada, que amenaza con sustituir a la experiencia vivida”²³

En este sentido, podemos señalar que este lado perverso de la política ocurre cuando a ésta se le asume en un sentido teológico, esto es cuando la política para lograr legitimidad tiene que construir, como plantea Marx con relación a la religión²⁴, una teoría general de la consolación y la justificación. Aparece el discurso político como *el suspiro de la criatura agobiada*²⁵ que proyecta y prolonga la esperanza y la satisfacción. En realidad, esta teoría general del consuelo se expresa como la construcción de un proceso político-ideológico que intenta enajenar al ciudadano en un doble sentido. Por un lado, intenta construir un *país imaginario* cuyo funcionamiento sólo logra ser eficaz en los enunciados verbales que produce el discurso político hegemónico y, por el otro, pretende *“la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana carece de verdadera realidad”²⁶*, esto es: la supuesta creación de un “hombre nuevo”.

Toda creación de un hombre nuevo supone, desde el punto de vista de las concepciones románticas, el exterminio de lo existente. Por lo tanto, el problema del

²³ Fromm, Erich. *Marx y su Concepto del Hombre*. Fondo de Cultura Económica. México, 1990. p.57.

²⁴ Vide: Marx, Karl. *Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. En Marx, K. *Escritos de Juventud*. Instituto de Estudios Políticos. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1965.

²⁵ Marx, K. *Introducción ...Op. Cit.*

²⁶ Marx. *Op. Cit.* P.71.

totalitarismo no es teórico, no es ideológico, es fundamentalmente práctico. No hay totalitarismo de izquierda ni de derecha, los totalitarismos se distinguen porque el proyecto político se fundamenta, no en posturas ideológicas en su sentido positivo, sino básicamente en los rasgos de personalidad de los líderes carismáticos que las dirigen.

Conclusiones

Como conclusión debemos decir que si bien es cierto que diversos autores nos hablan del totalitarismo como producto de la modernidad, debemos comprender que esa afirmación es verdadera sólo en tanto indicamos que el totalitarismo surge como respuesta que intenta frenar el desarrollo de la democracia moderna. Lo que se le opone al proceso totalitario es la democracia con sus valores. Si uno se pregunta cuáles son los aspectos que diferencian la concepción totalitaria de Hitler de la de Stalin, y se observa el parecido en su práctica política, puede entenderse con claridad nuestro argumento. La identificación de regímenes totalitarios con posturas ideológicas particulares responde a una estrategia política que pretende lograr su legitimación, más en realidad la disputa ideológica no responde a principios de modelos políticos, el fin único y último es el dominio hegemónico del poder. Veamos algunas características del totalitarismo en las que se hace patente la ruptura con posturas democráticas calificadas de progresistas o conservadoras.

- Concentración de todos los poderes públicos, los cuales disuelven en el poder ejecutivo.
- Se somete al individuo a través del terror y por la fuerza. Lo que priva es el uso abusivo y no racional del poder
- Se forma una burocracia profesionalizada y obediente que responde a un proyecto político de control establecido por el gobierno. Su objetivo consiste en utilizar las instituciones del Estado y el marco jurídico como instrumento para la retaliación y la persecución de la disidencia política.
- Priva la Intolerancia y se construye una visión única del mundo.
- Pretenden eternizarse en el control del Estado, acabando con la alternabilidad del poder.

Vemos, pues, en esta breve descripción, cómo la ausencia del discurso racional es una característica esencial del momento totalitario. Este es el motivo por el cual todo discurso que plantee la concepción del Estado racional se opone de manera estructural a concepciones totalitarias. En este sentido, Fukuyama tiene razón cuando señala que todas las ideologías rivales a la democracia liberal (social, agregamos nosotros) terminan en un estruendoso fracaso, ya que empíricamente se pueden mostrar las limitaciones de las otras formas políticas en el contexto de la modernidad. Desde la perspectiva teórica el modelo sigue operando sin traumas y, para expresarlo en términos hegelianos, si la realidad no se adecua al modelo, pues peor para la realidad. Desde esta óptica, si revisamos nuestra realidad actual desde enunciados clásicos de teoría política, es probable que Hegel todavía tenga razón.